

NACIMIENTO Y RENACIMIENTO DE LA ESCRITURA

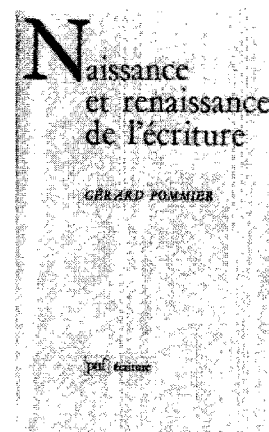
GÉRARD POMMIER

Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1996.

Dentro de los textos dedicados al estudio de la escritura, sin duda el del psicoanalista lacaniano G. Pommier “Nacimiento y renacimiento de la escritura”, publicado por primera vez en enero de 1993 en lengua francesa, merece una mención especial.

Una pregunta atraviesa este libro: ¿Qué relaciones existen entre la filogénesis y la ontogénesis de la escritura? En otras palabras, ¿existen similitudes entre las etapas que la humanidad debió franquear para descubrir la escritura y aquellas que el niño debe superar para acceder a su aprendizaje?

Para responder a este interrogante, el autor recurre tanto a la investigación arqueológica como a la que el psicoanálisis proporciona. Inicia su trabajo mostrando las sorprendentes semejanzas entre la historia del faraón egipcio Akhenatón (Amenofis IV) y el personaje mítico de Edipo: como éste, Akhenatón parece haber sido abandonado por sus padres obedeciendo al oráculo; “asesina” a su padre (simbólicamente, en este caso, al transgredir la ley vigente para el faraón, del matrimonio obligatorio con la hermana, pues desposa a su prima Nefertiti) y se casa con su madre (Tiy, con la cual concibe una hija, Beketatón, después de repudiar a su esposa). Con este fin, lleva a cabo una revolución religiosa que tiene como objetivo la destrucción de las efigies de Amón, la deidad principal de entonces, junto con la prohibición de representar a los dioses bajo la forma humana o animal, e incluso la inscripción de sus nombres (el “ka”). Ahora bien, destruir el “ka”, equivalente quizás a la *psykhé* griega, no puede interpretarse más que como un asesinato, en este caso, paterno. En consecuencia,



los escribas egipcios se vieron obligados a privilegiar la escritura consonántica, la cual coexistía con la de los jeroglíficos, llegando a establecer así el primer alfabeto, que los fenicios se encargaron de propagar por el mundo.

En el texto se verá que, aunque un acontecimiento tan perturbador como el que tuvo lugar durante el reinado de Akhenatón puede ser borrado, de alguna manera continuará transmitiéndose con ciertas deformaciones atribuibles a la censura, para reaparecer bajo un disfraz, y esto es válido tanto a nivel social como individual.

Otro punto interesante que destaca el autor es éste: contrariamente al tópico vulgar, la escritura (egipcia, china, etc.) no habría tenido como fin inicialmente la comunicación entre los hombres, sino con los dioses. Su origen es pues, sagrado y esta sacralidad remite en últimas al misterio de la representación del propio cuerpo del sujeto, quien al nacer, antes que ser ese cuerpo, sólo lo tiene, y antes que hablar, es hablado.

Al respecto, teniendo en cuenta que la escritura no ofrece mayores dificultades técnicas, la pregunta de por qué aparece miles de años después de la capacidad de hablar, es muy significativa. Por otra parte, el autor se acoge a la opinión de los epigrafistas (discutida por otros) de que la escritura sigue la misma evolución en todas las escrituras, esto es, del pictograma al silabismo, vía el jeroglífico, de allí al consonantismo y finalmente al vocalismo. La aparición tardía de las vocales tendría que ver con un freno al goce que éstas representarían y por eso tal vez, en Egipto, cuando se quería insultar a un mandatario

extranjero, su nombre se escribía incluyéndolas, lo cual no era usual. El nombre de Dios, impronunciable -YHWH-, en el fondo esconde el goce de las vocales -IAOUÉ-, porque “sólo Dios goza con exclusividad”. En todo caso, la investigación exhaustiva de todos los alfabetos parece demostrar que fueron consecuencia del monoteísmo; pero para ello fue necesario franquear una frontera, y un éxodo se impuso. De hecho, los alfabetos por lo general se toman prestados de otras culturas, como si de esta manera se pretendiese ocultar lo que las grafías podrían denunciar sobre el goce reprimido.

En su obra sobre la interpretación de los sueños (*Die Traumdeutung*), Freud comparó las imágenes que aparecen en éstos con los jeroglíficos o caligramas chinos. En la medida en que son legibles, ocupan el lugar de “letras”. De allí que el psicoanálisis considere que toda acción sobre la letra del inconsciente tendrá un efecto sobre el cuerpo. Pommier ilustra esta afirmación con varios ejemplos clínicos que no dejan lugar a dudas sobre la eficacia “casi mágica” de la letra tanto en la formación de síntomas como en su cura a través de la intervención del analista.

De modo que la “letra” existiría antes que la escritura y queda planteada la conjetura de que todas las escrituras habrían tomado su modelo sobre los sueños. Se plantearía también la hipótesis de que la escritura no imita al habla aunque ésta la preceda cronológicamente y que los problemas ligados a la escritura son relativamente independientes de ella.

Las formas de comunicación basadas en imágenes, al estilo de las utilizadas en las tiras cómicas, no pueden considerarse como una escritura, pues tanto para leer como para escribir, el goce ligado a la

imagen debe reprimirse en la medida en que toda imagen remite, en últimas, a la propia imagen corporal. En efecto, el niño, en su afán de satisfacer el deseo materno, cuya forma es para él enigmática, busca parecerse a esa falta. Pero parecerse a la falta, al falo, es mortal. No obstante, esa imagen tenderá a resurgir de nuevo en forma literal posteriormente a su represión. En este dilema recurre al padre, quien simboliza lo que limita el goce. Sin embargo, este llamado al padre a su vez puede ofrecer el peligro de feminización; de allí que sean los varones los que con mayor frecuencia presenten dificultades en el aprendizaje de la escritura. La represión se efectuará, pues, en dos tiempos: el primero relacionado con la significación del cuerpo propio y con la castración del Otro materno, el segundo con la destrucción de los tótems y con la angustia de castración del sujeto. Entonces parece plausible afirmar, como lo hace Pommier, que “La represión de la propia imagen estaría tanto en el principio del inconsciente como en el de las letras [alfabéticas]”. El monoteísmo implícito y el asesinato del padre serían, pues, la condición *sine qua non* de la escritura.

Sin duda este libro atraparé al lector que aprecie el rigor crítico y la investigación en profundidad con los cuales Gérard Pommier ha examinado ciertos prejuicios que afectan tanto a la arqueología de la escritura como a las dificultades de la lecto-escritura que tantos niños padecen en la actualidad, sin olvidar obviamente al psicoanálisis, en la medida en que la letra es aquello que del inconsciente puede ser des-cifrado en la cura.

PILAR GONZÁLEZ RIVERA
Psicoanalista